

DE MOSCOVIA A RUSIA: CARACTERES NACIONALES Y LÍMITES EUROPEOS EN EL IMAGINARIO ESPAÑOL DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

M. Victoria López-Cordón Cortezo

Universidad Complutense

1. INTRODUCCIÓN

La distancia, que en historia es siempre un concepto relativo, fue siempre en el pasado un factor condicionante de las relaciones internacionales. No solo porque dificultaba los contactos efectivos sino porque, a pesar de la creciente mundialización de los intereses políticos y económicos, la llamada de lo inmediato era mucho más fuerte. La geografía conocida era la próxima y cuando personas o estados se aventuraban fuera de ella procuraban adecuar lo que veían a los parámetros que llevaban consigo, para poderlo comprender ellos mismos y transmitirlo a quienes narraban sus experiencias. En un momento en que buena parte de las fronteras territoriales eran extraordinariamente mudables y, en muchas partes, imprecisas, la línea que separaba lo propio de lo distinto, estética, cultural e ideológicamente, estaba muy bien marcada. No importaba que franceses, ingleses, alemanes o españoles estuvieran enzarzados en cruentas guerras, ni que se tildaran unos a otros de sospechosos de traiciones y herejías, porque en medio del fragor todos se reconocían herederos de formas, procedimientos y credos que les hacían reconocibles frente a los otros.

De manera paralela, durante los siglos modernos se produjo un doble proceso, el de la creciente presencia de los europeos fuera de su propio continente y, con ello, el de la expansión de sus signos de identidad fuera del mismo, y el del engrandecimiento del propio solar europeo hacia el único espacio disponible, la frontera del este, tierra limítrofe, por una parte, con el Imperio turco y, por otra, espacio abierto y comunicado con las grandes estepas de Asia. Más o menos estables desde finales del siglo XVI los márgenes del Sacro Imperio, la multiplicación de establecimientos rusos en el Volga, en las estepas del Sur, en los Urales e, incluso, en Siberia, fue haciendo cada vez más extensos y difusos los contornos de un reino mal definido respecto a su identidad histórica y su forma de gobierno. Si frente al poder otomano, la diferenciación religiosa añadía precisión a los rasgos de lo que ya no era Europa, la integración de esos nuevos territorios de

frontera tardó en producirse, porque aunque allí estuviera la sede de la tercera Roma, Moscú, su plena identificación con el resto de las potencias europeas resultaba casi imposible. Y es que, conviene recordar, aunque los europeos estuvieran unidos por su fe religiosa y la herencia recobrada de la cultura romana, cuando se inventaron a sí mismos a comienzos del siglo XVII, no lo hicieron solo en términos religiosos, ni tampoco espaciales, sino culturales y políticos. Difícilmente podían hacerlo de otra manera, con un poder otomano todavía pujante y solo aparentemente contenido en el Mediterráneo occidental y en los Balcanes, y un ducado de Moscovia expansivo y, formalmente, cristiano, pero tan indefinido en sus costumbres como en su geografía. Ciertamente que comerciantes, diplomáticos, viajeros y aventureros de todo tipo trataron de inclinar, interesadamente, la balanza en su favor, destacando su creciente protagonismo, pero casi hasta el siglo XVIII no perdió su condición de marca y ni siquiera entonces desaparecieron las reticencias que despertaban sus caracteres menos occidentales. De un lado, lo esporádico de las noticias que de allí se recibían y, sobre todo, su carácter indirecto, aumentaban su lejanía; de otro, esta misma dificultad de contactos había favorecido la creación de estereotipos simplificadores y, en muchas ocasiones, contradictorios, que los relatos llenos de exotismo de sus escasos visitantes no hacían más que subrayar. El título de Zar que sus príncipes habían adoptado desde 1547, es decir, de Cesar, revelaban sus lazos con la tradición imperial romana y bizantina, de la que eran herederos, pero el ejercicio que hacían de su poder y la fragilidad del mismo recordaban más el despotismo y la crueldad de lo que se consideraban modos propios de oriente.

Los países más cercanos, Polonia y Suecia, principalmente, al sufrir sus embates, fueron los primeros que precisaron con más rigor cómo eran y qué caracterizaba a unos vecinos, potencialmente peligrosos, cuyos conflictos internos eran casi tan frecuentes como las incursiones hacia sus territorios. Pero en el resto, donde el temor no había desplazado todavía la curiosidad, se siguió manteniendo sobre los habitantes y los príncipes de las inmensas estepas rusas, una visión más literaria que real, por más que fueran intensificando las relaciones comerciales y la presencia de embajadas temporales en Moscú. Los esfuerzos de modernización militar y administrativa, su enfrentamiento con el Imperio turco y la cristianización que acompañaba la expansión rusa por zonas donde lo que predominaban eran comunidades musulmanas, avalaron durante buena parte del siglo XVII su diferenciación con respecto a los países de infieles, pero esto no bastó para lograr su plena homologación con las otras potencias cristianas. Es decir, hasta la época de Pedro I se mantuvo su condición de *limes*, sin que quedara claro si pertenecían plenamente a esa comunidad dividida y enfrentada, pero coherente, que se llamaba ya Europa.

2. LA MOSCOVIA DE LOS ESPAÑOLES: IMÁGENES ENCONTRADAS

Si alguien quedaba distante de esta emergente potencia en el este europeo, eran los españoles que, sin embargo, compartían con ellos un enemigo común y también la sospecha provocada, ante los ojos del resto, de un pasado contaminado por la presencia de otras razas y credos. Desde luego que, desde la península, los rusos carecían de importancia, frente al peligro real e inmediato que suponían los berberiscos o los turcos, y por ello sus incursiones, más allá de lo que pudieran estorbar la llegada del trigo polaco, o poner en peligro las actividades comerciales de algunos súbditos de la Monarquía, apenas preocuparon, pero esto no impidió que los contactos directos fuesen tempranos. Las primeras embajadas rusas llegaron a la península en época de Carlos V (López de Meneses, 1940, pp. 11-128), asombrando con su comportamiento y la brusquedad de su trato a los cortesanos, pero fue solo en la segunda mitad de esa centuria, al plantearse el problema producido por la decadencia de Kalmar y del comercio de la Hansa en el Báltico, cuando se empezó a cobrar conciencia de que estaba emergiendo un nuevo poder en el este, impulsado por la audacia de Ivan IV, y que nadie con intereses en ese ámbito marítimo debía desconocerlo. En efecto, la ocupación de Narva en 1558 y la guerra de los Siete Años después (1563-1570) fueron hechos de cierta trascendencia que repercutieron más allá de los límites en que combatían los protagonistas, al afectar al tráfico económico de mar que abría el estrecho del Sund, y fue precisamente la preocupación por este mar, en el que navegaban los holandeses, súbditos de Felipe II, lo que llevó a éste a participar indirectamente en el Congreso de Stettin, a través del Imperio, y a constituirse en garante, junto con los príncipes de otras potencias, Francia, Polonia, Inglaterra, Escocia y algunos representantes del Sacro Imperio, de la paz sueco-danesa que puso fin al conflicto bélico. En ella se relegó jurídicamente a Rusia de la Cristiandad europea, como responsable de la crisis, y posteriormente las alianzas de Polonia con los Habsburgo y otros estados europeos y la tregua de Iam-Zapolski, le obligaron a replegarse durante casi un siglo de aquella zona. Aunque esto no impidió que, a partir de entonces, se la tuviera presente a la hora de describir el mapa político del continente (Lario, 1974, pp. 155-174). Fue este repliegue de un ámbito estratégico fundamental para la Monarquía española lo que explica que Moscovia entrara solo colateralmente en el horizonte geográfico de aquellos publicistas españoles que, con los pies firmemente asentados en el Mediterráneo, y conscientes de su supremacía, se atrevían a describir el mundo. Así, para Álamos de Barrientos, aquellas tierras, más allá de los príncipes de Alemania y de las naciones de septentrión, no contaban para la Monarquía española, en virtud de su misma lejanía:

están tan apartadas y son cada uno de por sí solo de tan poco poder, que si no es ligándose contra nuestra potencia e irritados de ella, o para defensa suya o de algún aliado, y cuya caída teman por su propio daño, hay poco que temer sus in-

sultos y es cierto que nos dejarán como los dejemos (Álamos y Barrientos, mss. 10856, f.187v, 1990, p. 47).

No todos pensaban lo mismo, porque el Báltico no era la única zona de encuentro entre rusos y españoles a comienzos del siglo XVII. La expansión hacia el este y la apertura de las grandes vías comerciales que llevaban hacia Asia central, Persia y el Cáucaso, por las que circulaban comerciantes ingleses y holandeses, no dejaban indiferentes a ciertos súbditos de la Monarquía que querían proteger las posesiones portuguesas en aquel continente. La conquista del reino de Astrakam tampoco pasó desapercibida a los miembros de los Consejos de Portugal y de Estado que reconocieron la necesidad de “saber los universales movimientos del mundo” y de estar atentos a cualquier posible ayuda que pudiera fortalecer a los enemigos, como el hecho de que “se sustenta la navegación de Inglaterra y Holanda con los materiales que tienen de la contratación de Moscovia” (A.H.N. Estado, leg. 436).

A esto se unía el interés creciente de los Habsburgo por la situación polaca, lo que les llevó a pretender aquel trono hasta 1589 y, una vez fracasó el intento, a actuar a través del clero católico, especialmente de los jesuitas que, desde 1564, multiplicaron allí sus fundaciones (Cambridge, III, 1972, pp. 290-285). La política expansiva de Esteban Bathory y de Segismundo III implicaba ámbitos muy diferentes y, por eso, no es extraño que sus emisarios visitaran todas las cortes buscando apoyos. En 1610 llegó a Madrid un príncipe polaco a informar de un ambicioso plan para conquistar Moscovia, abatir al turco y detener el poderío inglés y holandés en el Báltico y, aunque el proyecto no interesó por considerarse demasiado ambicioso, mediaron informes y consultas. Uno de los que emitió su opinión fue un inglés, Antonio Sherley, que había estado allí y que recibió el encargo de ilustrar al Duque de Lerma sobre los “disturbios” que se estaban produciendo en un área geográfica prácticamente desconocida, que había quedado iluminada por las ambiciones polacas de aquellos años:

La Moscovia cuando era Monarquía quieta y asentada siempre corría peligro de los tártaros: ahora está turbada y sujeta a nueva conquista, cómo la podrán los polacos conservar sino destruyendo, o por lo menos enflaqueciendo por todas maneras las fuerzas de los tártaros que les confinan. Quién sembrará, quién plantará o quién habitará las tierras si no estuvieran seguras de la inundación de los tártaros y quién no ve que es beneficio a los polacos el haber conquistado la Moscovia para tenerla yerma y sin moradores (A.H.N. Estado, leg. 436).

Sherley, a quien sus andanzas llevaron hasta Persia como emisario de los príncipes cristianos, siguió la ruta rusa en su viaje de vuelta y llegó a Moscú a finales de 1599, donde permaneció seis meses. Fue corta, pero intensa, la experiencia que allí vivió, ya que coincidió con la ascensión al trono de Boris Gudánov, lo cual hace que sean especialmente interesantes sus impresiones sobre aquel reino (Flo-

res ed., 1963, pp. 21-55). Al servicio de España desde 1601, sus contactos con los jesuitas ingleses y polacos le permitieron seguir teniendo información sobre lo que pasaba más allá de la frontera del Imperio.

A través de este conducto, y de otros religiosos españoles que, como el dominico Fr. Damián Fonseca, desempeñaron ciertas misiones en Polonia, pero también en Moscovia, se conocieron en España ciertos episodios de la historia rusa. En 1617 se imprimió una conocida comedia de Lope de Vega, *El gran Duque de Moscovia y Emperador perseguido*, cuyo asunto, tomado fundamentalmente del relato oral de algún jesuita, ha despertado la atención de muchos investigadores (Poehj, 1932, pp. 47-63; Praag, 1937, pp. 356-66; Vernet, 1949, pp. 1736; Lawson, 1962, pp. 56-62; Sánchez Alonso, 1944, II, p. 208). La obra debió representarse en fechas casi contemporáneas de los hechos que narra porque en el texto español, Demetrio, que murió en 1606, queda con vida y en pacífica posesión de su imperio, lo que indica que Lope no debió conocer las noticias que a partir de 1608 recogen ya la muerte del falso zar (Menéndez y Pelayo, 1921, II, p. 308). Sin más referencia histórica que el propio tema y el antagonismo ruso-polaco, aparecen algunos rasgos en los personajes que podríamos calificar de tópicos, en los que el autor pretendió reflejar la peculiar idiosincrasia de los naturales de aquel país. Así, por ejemplo, Basilio, que personifica a Iván IV, es de una rudeza y violencia poco frecuentes en un hombre de su dignidad, hasta el punto de abofetear a su nuera y matar a su hijo favorito de un bastonazo. Esta actitud no puede por menos de trascender a sus súbditos que viven en total opresión:

Cuantos tus estados viven,
Y malas obras reciben de tu
Absoluto poder.
Que eres en la condición
Un nuevo Nerón romano

(Lope de Vega, 1952, p. 258)

La lealtad de Lamberto, tan ciega que no duda en sacrificar a su propio hijo para salvar al príncipe heredero, y las intrigas de los soberanos son también comportamientos que no son casuales y que responden a un modelo de sociedad más primitiva que aquella en la que vive el público que presencia la obra. Conoce Lope las hazañas de Boris Gudanov y la geografía en que se han desarrollado sus campañas y no duda en relacionarla con Europa, por más que constituya un territorio de frontera hacia otro continente:

El tirano se corona
Emperador de Rusia
Y gran duque de Moscovia,
Cesar de Astrakán se llama,

Rey de Tartaría se nombra,
Porque son estos estados
De los mayores de Europa
(ibidem, p. 265)

Pero no son solo estas referencias las que llevan al autor a considerar a Moscovia como parte del continente europeo, sino las reiteradas alusiones a los intereses que tienen allí otros estados, ya sea Polonia, el Imperio o Roma, en todos los cuales el antagonismo con Turquía es clave:

Al Emperador quería
Hacer un embajador
Que ofrezca de parte mía
Paz y Amistad verdadera
Y gente, como le envía
Italia, contra la fiera
Buena del turco en Hungría
(ibidem, p. 272)

Aunque los testimonios orales, las relaciones, las novelas bizantinas e, incluso, las comedias divulgaron en España ciertos episodios de la historia rusa contemporánea, las referencias fueron siempre poco concretas, generalizándose los rasgos de determinados personajes históricos en el conjunto de la población, lo cual, aunque también era una práctica habitual en las descripciones de otros países, en este caso presentaba caracteres más estáticos. Por otra parte, el hecho de que la información llegara a través de intermediarios polacos, sus enemigos directos, no podía dejar de influir, así como lo difícil y aventurado que resultaba para cualquier otro viajero entrar en relación directa con un reino tan diferente y distante.

No fue este, desde luego, el caso del ya citado Antonio Sherley, que esta vez, para ganarse el favor del conde Duque de Olivares, recién incorporado al gobierno de la Monarquía, decidió dedicarle en 1622 un interesante memorial, *El peso político de todo el mundo* (Sherley, ed. Madrid, 1963), que mereció figurar en la biblioteca particular de Felipe IV. En él refleja una visión muy distinta de aquella Moscovia que, pocos años antes, el mismo considerara perdida y que ahora, por el contrario, presenta como una potencia que conviene tener muy en cuenta a la hora de asegurar los intereses españoles en Europa:

Aunque parece que el saber de la Moscovia toca poco a esta Monarquía, lo hace mucho por ser tan derramados los estados della que tienen por objetos a los oblicuos o perpendiculares o derechos de todos los potentados y potencias que hay en el mundo (ibidem p. 24).

Con independencia de lo subjetivo de muchos de sus juicios, hay una realidad que no le pasa desapercibida, que es su enorme extensión y su situación privilegia-

da de frontera en la que se cruzan los caminos de medio mundo. Además, su lejanía no impedía que hasta ella llegaran los productos españoles:

Estos estados de Moscovia tienen anchurísimos términos y en ellos cuatro escalas de contratación: la una en San Nicolás, a donde acuden los ingleses y los rebeldes con paños finos y bastos, cariseas, lienzos bastos y algunos delgados, terciopelos, damascos, tafetanes de todos colores, muchísimo aljófar mayor y menor y oro, por ser el precio del más subido en la Moscovia con muchos vinos de España y de las Canarias; y de las maderas, azúcares y especierías de todo género (*ibidem*).

La segunda es Novgorod, en donde comerciaban, sobre todo, los suecos, cambiando cobre por pieles. La tercera Astrakan, donde acudían persas y armenios con oro y ricas telas procedentes de la India, y la cuarta era la ciudad de Gruir, en el Turkeistán Oriental, puerta abierta hacia Catia, es decir, hacia el norte de China, y única vía que los moscovitas, reacios a salir de sus tierras, utilizaban alguna vez,

Y esta es la causa, apostilla, de la barbarie que tienen que es llanamente la mayor y más bestial del mundo (*ibidem*, p. 25).

También, en su opinión, carecen de espíritu de iniciativa, lo que ha favorecido la expansión comercial de ingleses y holandeses y ha impedido, hasta el momento que aprovecharan su privilegiada posición para alcanzar el ansiado paso del norte, entre las Indias Orientales y los mares del Sur. Para Sherley, el comercio y la vecindad, que son en ese momento los únicos nexos reales de Moscovia con el resto de Europa, son base más que suficiente para emprender algún día una política de carácter mundial, por lo que aconseja al valido que no descuide seguir de cerca su evolución. Como los habitantes de otros países, también los rusos presentan un carácter nacional específico que no era, desde luego, demasiado positivo. Desde su peculiar punto de vista,

son gente falsa, sin ley, ni palabra, maliciosa, sospechosa y tan dada a beber que desde las nueve de la mañana hasta el día siguiente no se puede hacer trato ni negocio con ellos; mentirosos y cruelesísimos, pero tan sujetos a sus príncipes que se pueden llamar bestialmente obedientes (*ibidem*, p. 26).

Pero a pesar de las recomendaciones de este y otros consejeros improvisados e, incluso, de noticias directas, Moscovia siguió sin interesar a los gobernantes españoles, cada vez más comprometidos en el conflicto centroeuropeo de la Guerra de los Treinta Años. Pellicer, en su sátira anti-francesa titulada *El embajador quimérico*, escrita en 1638, hace pasar por allí a su fantástico diplomático, antes de adentrarse en los confines de Asia. Es cierto que no se trata de ningún reconocimiento político, porque el autor solo pretende ridiculizar la política del Cardenal Richelieu, capaz de movilizar contra España los reinos más distantes y desconec-

tados de la realidad europea, lo cual no impide que determinados juicios de valor indiquen la actitud de superioridad cultural desde la que se contemplan los países de los bordes de Europa. Solicitados por el supuesto embajador para firmar un pacto en el que como contrapartida se les ofrece apoyo en Polonia, la reflexión que explica su negativa es la siguiente:

Si aquellos bárbaros creyeren con pertinencia y gritaren con alarido común que el eminentísimo sobre todos los mortales es el embustero mayor de todos los nacidos y que hizo perder la reputación a los moscovitas en Smolensk, donde fueron apaleados como perros, obligándoles a desamparar dos provincias y hacer una vergonzosa paz y añadieran que el Gran Señor no se atreverá a invadir Polonia después de las paces que hizo con este reino y el conocimiento que ha alcanzado del valor de su rey, el señor embajador se retirará cautelando que aquella gente bruta no le haga alguna pública afrenta, que sería muy sensible y de mucha ignominia para su eminencia cuando debe gobernar con acierto su reputación semireal (Pellicer, 1638, s.p.).

Años más tarde, un diplomático de segunda fila, José Arnolfini, fraile cisterciense y escritor de cierta fama, en su *Despertador a los príncipes de Europa*, concedió extraordinaria importancia a la parte más septentrional de la misma, integrada por Suecia, Dinamarca, Polonia y Moscovia (Mss. 1442). Escribe a la altura de 1663, en un contexto nuevo, mudable, en el que la pluralidad nacional europea es un hecho y en el que ningún reino está demasiado lejano a la hora de pensar el juego de alianzas más conveniente. Respecto al ruso, más allá de la personalidad de sus reyes caudillos, formados en las armas y todavía no encerrados entre papeles, lo que percibe es que se muestran dispuestos a dejar sentir su peso en el continente. Su presencia no se contempla como la de los otros príncipes europeos en función de unos intereses objetivos, sino como una fuerza que irrumpe en la frontera sueca (*ibidem*, f. 70) y, sobre todo, polaca, poco previsible y, por lo tanto, necesitada de atención. Respecto a los rasgos que definen a Rusia, destaca tres caracteres, su condición de “cismática de rito griego”, que repite en varias ocasiones (*ibidem*, f. 76v y 79), su capacidad para unirse con enemigos peligroso de fuera del continente, como tártaros y cosacos (*ibidem*, f. 77), y sus aspiraciones territoriales en su frontera más occidental, especialmente sobre Polonia (*ibidem*, f. 79 y 79v).

Pese a que los publicistas lo tuvieran en cuenta, el lejano reino Moscovita solo se hará realidad para los españoles con ocasión de la llegada del embajador Potemkin, enviado por el zar Alexis en 1667. Hace ya muchos años que Maura Gamazo dio cumplida referencia del impresionante cortejo que le acompañó y C. Derjavin comentó las detalladas instrucciones secretas que en Moscú se le dieron, así como de su enorme suspicacia en relación con la dignidad del Zar a quien representaba (Maura, 1911, I, p. 308; Derjavin, 1930, 877-896). Trabajos posteriores, como el de Fernández Izquierdo, han insistido en estos y otros aspectos, especialmente diplomáticos, por lo que no ha lugar aquí a referirse a ellos (Fernández

Izquierdo, 2000, pp. 75-107). Sí señalar que mientras sus compatriotas se asombran ante la magnificencia puntillosa de los primeros embajadores rusos, quienes seguían con interés la política en los lugares limítrofes con su territorio, como el citado Arnolfini, comprendieron bien que era imprescindible cerrar Europa por el este, creando una frontera segura, y que esto solo podrá hacerse con la incorporación definitiva de la Rusia cristiana y enemiga de los turcos del zar Alexis Mihailovich, el segundo de una dinastía que empezaba a cobrar legitimidad, la de los Romanov.

3. LAS NUEVAS VÍAS DE CONTACTO: REALIDADES Y TÓPICOS

Siempre en los bordes y llena de estereotipos, sin embargo, ya en el último tercio del siglo XVII, Moscovia deja de ser un difuso y lejano ámbito geográfico, una tierra casi oscilante entre dos continentes, para convertirse en una pieza que debía ser tenida muy en cuenta por las potencias circundantes. Fue a Pedro I a quien correspondió el mérito de colocar a Rusia ya no en las lindes, sino en el centro de los juegos diplomáticos del momento, obligando con ello a los estados más lejanos a plantearse, de manera efectiva, una relación reglada y continua respecto a ese inmenso Imperio. Los años de su reinado, entre 1682, o 1694, que es cuando toma el poder efectivo, y 1725, no fueron demasiado favorables en la Monarquía española, atenta primero a la sucesión y después a la guerra, para emprender aventuras diplomáticas que fueran más allá de la resolución de sus propios problemas, pero dos circunstancias favorecieron el acercamiento a Petersburgo: de un lado la presencia física y diplomática del Zar en las cortes occidentales que, de alguna manera, obligaba a resolver problemas de protocolo y a intentar no quedarse atrás respecto a lo que hicieran otras potencias y de otro, el relativo paralelismo entre la guerra del norte y la de sucesión española, que más allá ya de los tópicos comparativos entre Nystadt y Utrecht, contribuyeron a trazar un nuevo mapa político europeo en el que Rusia estaba definitivamente integrada. En ambos casos, el perceptible cambio de ubicación de esta potencia fue acompañado por un cambio en los criterios que hasta entonces habían dominado en su consideración, pasando a ser juzgada no en función de su marginalidad y relativo exotismo, sino de acuerdo con las pautas de un estado del siglo XVIII.

Ya al poco de empezar la centuria encontramos algunos testimonios que muestran que, al igual que ocurría en otros países, también había españoles que estaban ampliando sus horizontes y que si bien para la mayor parte de los publicistas el arco que formaban Polonia y Hungría era el límite efectivo de “los negocios de Europa” (*Intereses de los príncipes de Italia*, 1703; *El destino del Emperador*, 1704), no faltaban quienes eran conscientes de que suecos y polacos, más que de enfrentarse entre ellos, debían preocuparse en contener a sus enemigos comunes los moscovitas, que “han venido como locos y contra la buena fe a atacar al rey de Suecia” (*Cartas descifradas*, 1703, p. 15). Bien es verdad que la victoria del zar se contempla como algo improbable, ya que cuenta con “los peores guerreros de

toda Europa” (ibidem p. 199), pero esto no debía impedir comprender que, deseoso como estaba de salir de sus inhóspitas tierras, haría todo lo posible por ensanchar sus fronteras hacia occidente.

Sin embargo, la mayor sorpresa no la causaron sus tropas, empeñadas con regular fortuna en la guerra del norte, sino el propio zar, que irrumpió con los pacíficos modos de un viajero en las cortes más amigas, asombrando más con su curiosidad que con su rudeza. La presencia de un rey a título particular fue un acontecimiento diplomático que tuvo repercusiones incluso en aquellos países que quedaban fuera de su periplo. Ese fue el caso de la Monarquía española, en la que reinaba ya definitivamente asentado Felipe V, más preocupado entonces en reorganizar el país y en recuperar territorios perdidos que por las amenazas que se cernían sobre los ajenos. En el otoño de 1716 recibió cartas urgentes, primero de su representante en La Haya, Beretti Landi y, poco después, del embajador en París, el príncipe de Cellamare, reclamando instrucciones sobre cómo tratar al zar Pedro I, cuya llegada inminente se esperaba en esas cortes, con objeto de “no dar algún paso que pueda ser en algún modo de su Real Desagrado” (A.H.N. Estado 1669, Carta de 23 de noviembre de 1716). El entonces secretario de Estado, Grimaldo, dado el cariz, en parte protocolario, del problema, no dudó en trasladarlo al Consejo de Estado, del que entonces formaban parte el conde de Frigiliana, D. Isidro de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar; D. Joaquín Ponce de León, duque de Arcos, D. Pedro Cayetano Fernández Campos, marqués de Mejorada y D. Carlos Felipe Antonio Spinola, marqués de los Balbases, hombres todos ellos con experiencia en negociaciones diplomáticas y gobierno. Su respuesta, dado lo poco frecuente de la consulta, fue bastante imprecisa: se recomendó al embajador seguir de cerca el desplazamiento imperial, averiguar los motivos que le inducían a emprender ese viaje y, sobre todo, observar el comportamiento y las demostraciones que en su honor se hacían en los países visitados para medir el rango en que se le colocaba. Interesaba especialmente cuál sería la respuesta francesa y el trato que se le iba a dispensar nada más entrar en esa monarquía, ya que ello marcaría la pauta que debería seguir España (A.H.N. Estado, 1669. Consulta del Consejo de diciembre de 1716).

Pedro I llegó efectivamente a París a primeros de mayo de 1717, y se celebraron en su honor grandes festejos. Cellemare, durante los primeros días, no tuvo contacto directo con él, pero sí siguió de cerca el recibimiento que se le hizo y los comentarios que su presencia estaba suscitando. Tampoco se le escapa el significado político de la visita, en pleno conflicto bélico en el Báltico, de cuya trascendencia es muy consciente, pero más que estas consideraciones de alta política lo que más le sorprendió y lo que se apresuró a comunicar a su Rey, fue el comportamiento y los intereses de un príncipe seguro de sí mismo y celoso de su dignidad, que no desentonaba del resto de los soberanos. Así, no deja de señalar su atención hacia todo “quanto pertenece a las ciencias matemáticas y a las artes mecánicas y liberales que desea con ansia cultivar y aumentar en sus dominios”; su firmeza a

la hora de mantener los territorios ganados en el conflicto y los relatos que corrían sobre los increíbles gastos realizados para fundar Petersburgo. El hecho de que la fundara “en oposición y castigo de su antigua capital de Moska”, por las “sublevaciones y tumultos” que allí había vivido en su mocedad, y su carácter portuario, propio de una ciudad abierta al comercio, se destacan de manera especial en sus cartas. Pero junto a estas noticias, que formaban parte de la leyenda del zar, el embajador trasladó a Madrid otras más personales que, sin duda, fueron las que a él mismo más le interesaron como, por ejemplo, el deseo del zar de no ser recibido con excesiva publicidad, su frugalidad a la hora de comer o el hecho, doblemente significativo, de que rechazar hospedarse en el Palacio del Louvre y eligiese un palacio particular, más adecuado al tipo de visita que pretendía realizar y, también, más independiente. En todo momento presenta a Pedro I como un buen conocedor de las reglas del protocolo, atento a los gestos, como demostró el hecho de no salir de su residencia hasta recibir la visita del Regente y, a partir de entonces, dedicado no solo a ver “las grandezas de esta Corte”, sino a participar en cuantos ágapes y distracciones se le ofrecían. Señala, también, que hablaba siempre a través de un intérprete,

porque aunque el príncipe tiene una ligera noticia y conocimiento de la lengua alemana, ignora totalmente la francesa, como también la española, italiana y latina y solo sabe perfectamente la suya propia y materna que es la Esclavona (A.H.N. Estado, 1669, Carta 10 de mayo de 1717).

Ganado por su personalidad, el diplomático avisó a sus interlocutores madrileños de que no se dejasen impresionar por

las voces poco fundadas y volanderas que corren en esta corte de muchas inventadas y ridículas extravagancias que achacan a este gran príncipe que según lo que se me asegura por el Mariscal de Tessé y por el Marqués de Magni y por otras personas de distinción que están continuamente en su asistencia, es muy regular, razonable, medida y circunspecta su conducta, sin que se hallen otras acciones reparables que aquellas que precisamente se encuentran en todos los que han nacido en muy remotos países y muy diferentes a los nuestros en los ritos y costumbres (*ibidem*).

A estas impresiones recibidas a través de terceras personas, siguieron pronto otras más directas, porque el 14 de mayo, a la una y media de la tarde, el príncipe de Cellamare fue a visitar a Pedro I, si bien de manera reservada, para evitar suspicacias con los demás embajadores. Introducido por el mariscal de Tessé, hasta un momento dado, todo transcurrió según lo previsto:

Hicéle al Czar una breve y reverente oración, dándole a entender que la fama y el renombre de sus hechos y conquistas había llegado (a pesar de la distancia) a los Reales oídos del Rey mi amo, quien en fuerza de su propio amor a la gloria

se había aficionado mucho de un Príncipe tan heroico; que quando S.M. supiese por mí que había llegado a esta Corte con favorable disposición, no dudaba yo lo celebraría muy afectuosamente; y que yo quedaba con una disculpable vanidad de pasar con tan gran Príncipe este acto de mi obsequio y atención (Carta de 17 de mayo de 1717).

El Zar, por su parte, le respondió “con expresiones de singular gratitud y de mucha reverencia y inclinación al Rey nuestro señor”, pero al acabar su discurso le dio “el ligero accidente de perlesía que suele acometerle con frecuencia”, por lo que, “celoso, al parecer de ver descompuesta con esta enfadosa y visible alteración su natural serenidad”, se retiró inmediatamente, quedando Cellamare acompañado del Mariscal de Tensé y del príncipe Kurakin, “que es caballero de estimables prendas y no conserva en su trato la menor rustiquez de su país” (ibidem).

Cumplida la cortesía, visitó posteriormente a este príncipe, plenipotenciario y cuñado de Pedro I, el cual le dio pruebas de gran estima y le dijo que,

sin embargo del grande espacio de tierra que separan los estados y dominios de su soberano y de V.M.. espera que por medio de la navegación de uno y otro reyno, se abriese algún día la puerta al comercio y sincera y amistosa correspondencia que el Czar desearía cultivar con la Corona española, principalmente en un tiempo, en que las potencias marítimas de Holanda e Inglaterra, que han disfrutado solas en derecho el comercio de Rusia y Moscovia, se hallan enflaquecidas y extenuadas, la primera con las domésticas disensiones y oposición de dictámenes de sus mismas provincias, y la segunda con las revoluciones internas que cada día renacen en los contrarios partidos de la Gran Bretaña (Carta de 21 de junio de 1717).

La actividad del monarca ruso en París fue muy intensa y en ella se combinaron ceremonias en la Corte, sesiones de ópera y paseos matinales por París viendo calles, jardines y edificios notables. Le interesaron especialmente los Reales sitios, pero también la misa pontifical del Corpus y la Biblioteca del Rey, haciendo en todas partes gastos considerables y mostrándose generosos en dádivas y regalos. También dio prueba de su caballerosa galantería con la Duquesa de Berry, a la que no permitió sentarse en silla más baja, y de sus cualidades como jinete. Claro que al representante español no se le escapa que, detrás de todo ello, hay objetivos de más largo alcance y que las muchas conferencias que han medido entre el Duque de Orleáns y sus ministros y el Zar con los suyos, se han dirigido a hacerlos explícitos. Si el monarca ruso buscaba apoyos para conseguir el fin de la guerra con las menores concesiones posibles, por parte de Francia se buscaba,

valerse de la favorable ocasión de su llegada, para manifestarse interesada en la paz y en el ajuste de los príncipes del Norte y para poder vender esta fineza, así al rey de Suecia (cuya amistad se iba ya entibiando demasiado, como al rey de la Gran Bretaña, cuya nueva alianza parecía que obligaba a que le contemplase la

Francia y a que no perdiese para conservarle la propicia coyuntura de componer las desconfianzas que del zar tenía concebidas (Carta de 19 de Agosto de 1717).

Pero más allá de la expresividad del relato y del interés que despiertan estas noticias entre los consejeros de Estado, lo significativo es que la percepción que Cellamare transmite de la normalidad del personaje y de sus acompañantes, sorprende a sus interlocutores. No faltan, desde luego, en sus cartas, ciertas alusiones a la rudeza original de los ilustres viajeros, y del país que representan, pero en absoluto empañan la grandeza y la consideración que merece un zar que es recibido no solo como otro más, sino uno de los más importantes soberanos europeos.

¿Fueron estas noticias y las alentadoras palabras de amistad del Zar las que animaron al Cardenal Alberoni, al año siguiente, a intentar actuar de mediador entre rusos y suecos en el congreso de Åland? Es muy posible, ya que allí quedó estipulado que fuerzas rusas, suecas y españolas intentarían un desembarco en Escocia para instaurar a Jacobo Estuardo (Carpio, 1952, p. 116). Sin embargo, el zar no mostró demasiada prisa en poner en práctica lo convenido, por lo que el marqués de Beretti, el representante español en La Haya, debió entrevistarse con el embajador ruso para recordárselo, al tiempo que le proponía el primer proyecto conocido de alianza entre España y Rusia, dirigido contra Inglaterra, Francia y el Imperio. El que no se llevara a cabo, no quiere decir que a Pedro I no le interesara, una vez firmada la paz con Suecia, implicarse más con otras potencias, sino que era consciente de la lejanía y de las limitadas fuerzas españolas. Por otro lado, la derrota de cabo Passaro, la muerte de Carlos XII y la caída del cardenal cambiaron el rumbo de las cosas y Felipe V también, por su parte, prefirió adherirse a la Cuádruple alianza, poniendo fin a las conversaciones con Rusia (Schop, 1971, p. 9-10). Se trataba de un olvido temporal, ya que en 1725, con ocasión del acuerdo firmado con Viena por el conde de Ripperdá, éste intentó atraer al mismo a la corte rusa, ofreciéndose a defender sus intereses. Nombró incluso un emisario, el conde de Lambilly, que llegó a ponerse en camino, pero que, tras el despido del barón, recibió orden de regresar a España. Sobre este precedente, apenas dos años más tarde,

Queriéndose pues, cultivar la amistad y la unión que acaba de formarse entre la Emperatriz y Sus Majestades, se nombró por embajador extraordinario y plenipotenciario en la Corte de Petersburg al duque de Liria (Campo Raso, 1957, p. 412).

Se trataba de un hombre joven, nacido en Londres e hijo de una dama irlandesa, que había seguido hasta entonces la carrera militar, en la que ostentaba el grado de mariscal de campo, y que permanecería en su destino hasta 1730. Desde allí informó puntual y rigurosamente sobre las peculiaridades de aquel reino y sus gobernantes, contribuyendo decisivamente a precisar lo que todavía era una imagen deformada (Pinedo y Salazar, *Diario del viaje a Moscovia del duque de Liria...*

Madrid 1889, Codoin, t. 93). El buen entendimiento que debía promover con Rusia estaba dirigido a frenar el poder británico y a ejercer cierta influencia sobre el Emperador, con objeto, tal y como recordaban las *Instrucciones*, de “restablecer el equilibrio europeo” (Codoin, t. 93, p. 383). No logró el duque este objetivo político, cuyos hilos se le escapaban, pero en cambio jugó un papel decisivo a la hora de avivar la curiosidad que sentían los españoles por aquel lejano y desconocido país. Su relación detallada de la fastuosidad y el boato de aquella Corte y los cuantiosos gastos que él mismo realizaba para no desmerecer, causaron verdadero asombro en la Secretaría de Estado madrileña, que siguió las rencillas de la corte rusa a través de una profusa correspondencia. Y es que, en efecto, sus más de 500 cartas dirigidas al Marqués de Paz, a Patiño y a otros ministros, proporcionaron la única información directa disponible hasta entonces sobre el Imperio ruso, con precisiones bastante acertadas sobre el estado de sus fuerzas armadas y de su comercio. Ya en otro destino, con el extracto de sus despachos escribió un *Diario de mi embajada en Rusia*, dirigido según sus palabras al entretenimiento e instrucción de sus hijos, que constituye una fuente imprescindible para abordar el tema que nos ocupa. La admiración que le produce Petersburgo, la ciudad no solo más grande, sino “una de las más hermosas de Europa”, es evidente, pero este reconocimiento no le impide comprender la inestabilidad que percibe en la política de sus dirigentes ni la utilización que de ella hacen los ministros de otras potencias. El hecho de introducir en su relato las semblanzas de los soberanos y los hombres influyentes que fue conociendo y de dejar constancia de la vida social y política rusa, nos ilustra sobradamente sobre los elementos diferenciales que más llamaron su atención y que, en consecuencia, más debieron de interesar también a sus lectores, ya fueran éstos un selecto grupo de diplomáticos, oficiales de la secretaría o miembros de su propia familia (*ibidem*, pp. V y 361 a 376). Ya en su postrer destino napolitano, y al tiempo que escribió la *Relación de la conquista de Nápoles y Sicilia*, llevó a cabo una *Relación de Moscovia*, de carácter más descriptivo, a la que acompañaban unas tablas cronológicas del pasado moscovita, hechas, según confiesa, “a petición de un amigo” (Sánchez Alonso, III, p. 105, Paz y Meliá, 1890, pp. V-CVIII). Que Moscovia o Rusia servía de inspiración a la pluma de los diplomáticos lo prueba la interesante correspondencia que el marqués de Almodóvar, plenipotenciario allí entre 1761 y 1763 (Codoin, CVIII, 1893), remitiría a Madrid años más tarde.

Que no se necesitaba trasladarse *in situ* para dejarse captar por las peculiaridades de aquel imperio, lo prueban las distintas historias moscovitas que aparecieron a partir de entonces y el creciente rigor en las informaciones que de ellas se desprende. Tres de ellas me parecen de especial significación. La primera, publicada en 1736, fue obra de Manuel Antonio de Mena, un madrileño miembro de una conocida familia de escritores-impresores, que terminarían siendo dueños de *El Mercurio histórico-político*. Se titulaba *Historia general del Imperio Rusiano-moscovita...* (Madrid, 1736), y costaba de dos volúmenes, el primero que com-

prendía desde los orígenes hasta la muerte de “Juan Basilio el Cruel”, y el segundo desde entonces hasta el reinado de Catalina I. No era una obra original, sino una traducción algo libre de las *Memorias de Pedro I*, escritas en francés por el barón Juan Juanovitz Nestesuranoy, que se habían publicado en Holanda en 1725. Utilizó también para informarse un *Estado de Moscovia*, escrito en francés en 1679, del que tomó los aspectos más costumbristas, así como otras relaciones y contemporáneas.

En ese mismo año, Manuel de Villegas y Piñateli publicó otra *Historia de Moscovia y vida de los zares*, “consagrada al glorioso San Nicolás de Bari, protector de la Rusia” (Madrid, MDCCXXXVI). El autor, que fue secretario de Felipe V, caballero de Doña Mariana de Neoburgo y académico, declaró en el prólogo escribir a impulsos de la necesidad. Según él los españoles nunca se habían decidido a escribir historias de otros países, sobre todo de los más remotos, y de esto resultaban muchos inconvenientes,

porque estando la España colocada en la extremidad del orbe antiguo, llegarán siempre las noticias pasadas por las aduanas de otros reinos, donde dexaban por parte de paga no poco valor de la verdad y estas, las más de las veces contenidas en Gacetas o recopiladas en los Mercurios que suelen enmendar las comunicaciones antecedentes (I, “Prólogo”).

Este deseo de difundir conocimientos es quizás lo más notable de su obra, según reconoció el propio censor real, para quien,

sería ignorancia muy acusable en nación tan culta como la nuestra, no saber con perfección el estado militar, político y eclesiástico de aquella monarquía tan belicosa (*ibidem*).

Villegas confiesa haber intentado documentarse al máximo, pero “como no se halla historia escrita por los mismos rusianos”, no haber tenido más remedio que conformarse con relaciones de viajes hechas por personas extranjeras. Sin embargo, para el periodo más inmediato había podido contar con obras mucho más precisas, como las ya citadas *Memorias de Pedro I* de Juan Juanovitz Nestesuranoy, los *Comentarios* del Barón de Herbestein y la *Historia de la guerra que hizo en Moscovia el rey Esteban Batori*, escrita en latín por Reynaldo Heidestein. También acudió a otros autores menos directos, como “Paulo Jovio y otros”, y consultó los ocho tomos con que la Academia de Moscú obsequió al Duque de Liria con motivo de su retorno a España (*ibidem*, I, cap. XXVIII).

La tercera relación a que voy a aludir no es propiamente una historia de Rusia, sino la relación de lo ocurrido en aquel Imperio desde 1730 que José Campo Raso incluyó en las *Memorias políticas y militares para servir de continuación a los comentarios del Marqués de San Felipe* (Madrid, 1957). En ellas dedica un capítulo a la historia del príncipe de Menzikoff, según la relación que envió a Madrid el

duque de Liria poco después de su desgracia, que no figura en otros relatos y que lo presenta como un vivo ejemplo de que “no siempre los talentos acompañan al nacimiento” y de que “la plebe más ínfima suele producir sujetos de la mayor capacidad” (*ibidem*, p. 422). Con la excepción de las informaciones que toma del antiguo embajador, sus fuentes resultan poco explícitas, porque su narración no es tanto una historia, como una crónica de la vida internacional.

La triple muestra no agota, desde luego, las historias de Rusia que circulan por España en la primera mitad del siglo XVIII. Pero sus contenidos reflejan bien el que las fronteras culturales y políticas se han desplazado hasta los territorios más lejanos del inmenso imperio ruso. Unas y otras nos hablan del interés y la curiosidad que despiertan las noticias que vienen de ese pueblo lejano y también dejan ver claramente, a través de la apología que del gobierno de Pedro I hacen los publicistas españoles, que su figura ha sido decisiva en este acercamiento. Para el Marqués de San Felipe o Gándara, el P. Feijoo o Sarmiento (*Semanario erudito*, III, pp. 270-275; XXIV, p. 72; XXI, p. 228; *Almacén de frutos literarios*, I, p. 137), han sido sus cualidades personales y su política emprendedora lo que le han llevado a figurar entre aquellos reyes dignos de imitación que recuerda la historia. En cierto sentido, le convierten en el primero de los monarcas reformistas e ilustrados, ya que había sabido equilibrar el carácter de caudillo que heredó de sus antecesores, con una sincera dedicación al buen gobierno, al amor de las letras y a la protección al comercio, propia ya de los más ilustres soberanos contemporáneos. Cierta que, junto a las alabanzas, también circulan por Europa versiones menos satisfactorias de su conducta y que se le atribuyeron grandes debilidades, como su inclinación al vino o su excesivo sometimiento a la voluntad de la zarina, pero, en definitiva, estos defectos, que son vicios de conducta personal, son simples manchas en su imagen de hombre público, que es la que interesa a los cronistas, que no dudan en lavarlas e, incluso, en disculparlas en un príncipe,

criado entre bárbaros cismáticos que tantas cosas imaginaron contra su vida (Villegas, 1736, cap. XXIX).

El elogio fúnebre que Villegas incluye al final de su relato, es expresivo de una admiración sin límites y del convencimiento de que, gracias a él, su país ha pasado a formar parte de Europa:

Parece nació para desterrar la barbaridad Rhutena. No tuvo a quien imitar en su pasado y por eso vino a hacerse el norte de los venideros. Aprendió sin maestro, enseñado solo de la experiencia y de la aplicación. Su estado que era un espeso bosque de fieras, lo desmontó sin fatiga, dejándole cultivado y fecundo. Sus vasallos, caterva confusa de brutos inclinados más al robo y al desorden que a la disciplina, los puso milicia tan reglada que pasa con nombre de tropa entre las naciones más instruidas. La superstición, que era general en todos, la volvió despreciable con la extinción de los muchos que vivían a expensas de este aplaudido engaño (*ibidem*).

La formalización de estas noticias y la construcción sobre ellas de un relato oficial y erudito sobre el Imperio ruso no se produjo, sin embargo, hasta la segunda mitad de la centuria, y corrió a cargo de dos historiadores de distintas características: el P. Flórez y el canónigo D. Manuel Trincado. El primero, en su *Clave historial* (Flórez, 1ª 1743), escrita como libro de texto para los jóvenes españoles, al introducir la genealogía de sus zares entre las de los distintos monarcas europeos, parece respaldar, a pesar de las breves noticias que aporta, su plena ubicación en este continente. Su relato, que se inicia con la conversión al cristianismo, deja constancia de que es la religión la base de esta integración, pero que ésta no basta para la plena homologación. Por ello se pasa, sin proporcionar apenas noticias, hasta los tiempos más recientes:

Su soberano, escribe, conocido con el nombre de Czar, que ellos interpretan Cesar y se llama también Gran Duque. Su cronología empieza en 988 en que Valodimir abrazó la fe de Jesucristo y tomó el nombre de Basilio. Prosiguió esta nación con no pocas disensiones entre sí y sin política ni comercio con las demás naciones hasta el siglo XVII en que tomó el Czar Pedro Alegiovitz (esto es hijo de Alejo) el título de emperador de las Rusias, a quien (llamado con razón Pedro el Grande) debe el Imperio de la Rusia toda la gloria que con el comercio, disciplina militar y cultura de las artes va adquiriendo (Flórez, MDCCXC, p. 189).

Europa, para el agustino, se define por su fe, pero también por su comercio, su fuerza militar y su cultura, que son criterios mucho más diferenciadores que unas fronteras geográficas que, a la altura que él escribe, se están ensanchando por el este.

El *Compendio histórico geográfico y genealógico de los soberanos de la Europa*, de Trincado resulta todavía más expresivo (Trincado, 1766). En él incluye una “Noticia geográfica e Histórica de la Moscovia” y una relación cronológica de sus zares que van de Basilio, el primero convertido al cristianismo, a Catalina II. Vasto imperio, nos dice, que ocupa parte de Asia y de Europa, de reciente creación, diferencia en él claramente la Rusia blanca, la que se abre al Báltico, de la Rusia negra, “que es la Gran Rusia”, que se extiende por Asia hasta el mar del Japón. Adscrito al rito griego, aún conserva, sin embargo, hacia Tartaria y Laponia, restos de paganismo, lo cual, tanto o más que su ubicación geográfica, revela su condición de estado fronterizo. La descripción de su gobierno incide todavía más en ello, ya que,

es monárquico, y pica en Despótico. Nadie puede salir de Moscovia sin permiso del Czar, ni aun puede el hijo recibir la herencia de su padre sin consentimiento del Emperador. Condena a muerte a los más grandes príncipes sin hacerles proceso: todos los grandes señores acompañan al Czar hasta en las jornadas, para asegurarse así la fidelidad (ibidem, p. 417).

Previamente, en la “Introducción de la obra”, ha desgranado unos criterios imprescindibles para entender esta y otras afirmaciones. En primer lugar, los lí-

mites de Europa que, hacia oriente, están definidos por “el archipiélago; el mar Negro y el río Don que lo divide de Asia” y, hacia septentrión por “el Mar Glacial, que lo separa de las tierras incógnitas del Norte” (Trincado, 1766, “Introducción”); después la ubicación de Moscovia dentro de la misma, al final de la línea que traza de occidente a oriente; pero esta inserción geográfica se ve contrarrestada por las matizaciones que establece al abordar los tipos de gobierno, ya que de sus muchas variedades, “el despótico”, que define como “aquel en que el Príncipe tiene poder de vida y muerte sobre sus vasallos y usa a su arbitrio de sus bienes, sin forma de proceso”, es el que más le conviene. Así, el zar viene a ser como un “*Dominus Servorum*, o Señor de Esclavos” (ibidem), lo cual le distingue del resto de las monarquías occidentales y coloca a Moscovia al lado de Turquía. La comparación entre ambos imperios no es consecuencia solo de esto, ya que tanto uno como otro están divididos entre varios continentes y son, por lo tanto, tierras de frontera.

Trincoso habla de Moscú, como la capital que dio nombre al territorio, pero sobre todo de Petersburgo, hermosa y llena de soberbios edificios, puerto comercial, sede de la corte y “una de las más célebres Ciudades de la Europa” (p. 418). Su artífice, Pedro I, fue quien “civilizó” a unos súbditos que hasta entonces eran “bárbaros, ignorantes e incultos” y quien, a través de sus viajes por otras Cortes, importó artes y ciencias para enseñar a sus vasallos. El hecho mismo de que pretendiera asiento y voto en la Dieta de Ratisbona, como soberano de Livonia, lo considera prueba de su voluntad de integración entre las potencias del continente y de su interés por participar en la política del mismo. La obra, que recoge la subida al trono de Catalina II, no va más allá, pero deja abierta la puerta a la actitud que adoptarán a partir de este momento los publicistas españoles, que no es otra que la de personalizar en la emperatriz los rasgos definitorios de un monarca de las Luces y de su glorificación en vida.

4. CONCLUSIONES

Difusa y lejana hasta comienzos del siglo XVIII, a partir de entonces Rusia se pone de moda en España y se habla con admiración de la ejemplaridad del primero de sus monarcas modernos, Pedro I. También se convierte en una pieza imprescindible del juego de estados europeo y, en consecuencia, se busca su respaldo a la hora de compromisos y alianzas. Pero, ¿varía de la misma manera la imagen que de aquel país y de sus habitantes tienen los españoles? Solo relativamente y de manera muy lenta, porque lo que ha ocurrido es que, si bien han emergido nuevos prototipos perfectamente identificados con personales reales a los que se admira y respeta, la constatación de que existen profundas diferencias entre su población y la del resto de los estados europeos sigue estando presente. Unas diferencias que son las mismas que separan, a la hora de describir ese imperio, a sus más reconocidos zares del pueblo sobre el que gobiernan. Es decir, la frontera ya no es externa, ni tiene solo que ver con unos límites geográficos respecto a Asia, sino que se

ha convertido en interna y ha adquirido un marcado carácter social y cultural. Si, hasta esa centuria, ambas realidades habían estado casi confundidas, lo que reforzaba su antagonismo con otros pueblos europeos, a partir de entonces, y a pesar de su inclusión en los mapas del continente, su contraste se hace mayor. Es el mismo que existe entre la dorada Petersburgo, que Pedro I creó personalmente y que parece emerger de las aguas como símbolo de occidentalidad, y esas ciudades abigarradas y oscuras, construidas en su mayor parte en madera, que tanto llaman la atención de los viajeros; entre esos zares, protectores de las ciencias y las artes e importadores de las costumbres del resto de Europa, y unos súbditos, casi “bárbaros”, aferrados a sus viejas costumbres. La admiración producida por la extensión de un imperio que “es, sin duda una de las mayores regiones de la Europa” (Mena, 1736, p. 5), aumenta a medida que se conoce mejor su enorme diversidad territorial, y es esta dimensión espacial lo cual permite entender y, casi, justificar que el zar, sin mediar derecho, se hubiera arrogado el título de emperador, porque, de hecho, su poder era “digno de ser tenido por formidable” (Villegas, 1736, I, cap. XIV). Pero a pesar de sus dimensiones, de su riqueza potencial y de los cambios experimentados en poco tiempo, los rasgos específicos de su población permanecen inalterables. “Rústicos, bárbaros y cerriles rusios” los llamara Gándara, ya bien entrada la centuria (Gandara, I, p. 137), y su opinión es ampliamente compartida por cuantos se interesan por su protagonismo. Es cierto que aquel pueblo, habitado hasta hacía medio siglo solo por fieras y hombres incultos y bárbaros, es hoy ya plenamente una potencia europea, vienen a decir los publicistas, pero aquella fuerza irracional dista mucho de haber desaparecido y puede aflorar en cualquier momento, trastornando de nuevo alianzas y fronteras. Insertos en una sociedad estamental y conformes con ella, hay algo, sin embargo, que les llama poderosamente la atención: el inmenso poder que allí conservan los señores y la pésima situación de los siervos, que viven “como esclavos dependientes del territorio que cultivan” (Campo Raso, 1957, p. 418). Esto, más que causa, se considera consecuencia del escaso amor a la libertad que todos sienten, que incluso se presenta como una característica específica de los rusos:

hasta la plebe que en todas las naciones es la que con título de gozar de la libertad, se la procuran tiranizar a sus monarcas, es en Moscovia tan afecta al cautiverio que aman más la servidumbre que la libertad, de tal manera que se venden a lo señores rusianos, de quienes, cuando uno muere y dexa en libertad a sus criados moscovitas, le extrañan de tal manera que al punto se vende a otros (Mena, 1736, I p. 139) .

Esto también es un rasgo característico de su mitad femenina, cuya triste situación no deja de sorprenderles,

porque las mujeres rusianas tienen poco manejo y dominio en sus maridos y padecen de la misma suerte que muchas de las alemanas; siendo de tan fieros ge-

nios que no tienen otro anhelo que servir y darles gusto, creyendo que son más queridas y más amadas cuanto más les castiga y las maltrata (Villegas, 1736, I, p. 35).

Habitados a unas costumbres impropias de pueblos civilizados, su mantenimiento no podía por menos de haber generado consecuencias morales, ya que favorecían la crueldad de los poderosos y el desinterés y la hipocresía de los humildes, así como la normalización de prácticas verdaderamente reprobables, como el que “las gentes de baja condición no se contentaban sin estar continuamente bebiendo en las tabernas”. Algo que, por otra parte, no era exclusivo de estos sectores sociales ya que el mismo Pedro I y muchos otros dignatarios de la corte se habían entregado a los mismos excesos (Mena, 1736, I, p. 144).

Las supersticiones, el gusto por el culto externo y las imágenes, el vestido que el pueblo lleva “al estilo armenio”, las expresiones no homologadas, como el hecho de que para denotar perplejidad no alzarán las cejas sino que moverán la cabeza e, incluso, los gustos que se consideraban absurdos, como el tener por más hermosos los ojos más oblicuos y por más sanos los dientes amarillos, o el preferir el centeno al trigo, son manifestaciones que marcan las diferencias y, también, el primitivismo de aquellos habitantes. Solo en Rusia se podía ser increíblemente rico y analfabeto, como probaba la historia reciente del príncipe de Menzikoff, cabía ascender vertiginosamente y caer con la misma rapidez. Solo allí las conjuras y las maquinaciones eran práctica habitual y, en consecuencia, los cambios de fortuna, inesperados (Campo Raso, 1957, p. 418). La tensión entre los “amantes de las costumbres antiguas” y los protectores de las extranjeras, que dividía al mundo cortesano, que tanto llamaba la atención a los diplomáticos y a los cronistas, era la expresión de un conflicto que iba más allá del terreno político; y la dualidad cultural, que ya en este periodo empieza a percibirse claramente, una prueba de que la balanza rusa todavía estaba indecisa entre oriente y occidente. Mientras que los rasgos específicos de los otros pueblos del continente se han formado con anterioridad, lo que será “el carácter nacional” del inmenso imperio ruso se perfila en el siglo XVIII a través de estereotipos de larga duración: los rusos se mueven entre la melancolía y la ternura, la ostentación y la codicia; son valerosos, pero violentos; poseen rasgos contradictorios tal y como corresponde a un pueblo en proceso de transformación, del que se reconocen los progresos obtenidos, pero del que, sin embargo, todavía se desconfía, porque se considera “distinto”. Gracias al valor de sus zares y de una escogida parte de su población, las fronteras de Europa se han ensanchado sensiblemente en términos geográficos, pero se da por sentado que todavía mantiene en su interior otras más restrictivas y todavía más definitorias respecto a su identidad europea que son las que, en términos de la época, se denominan ya como civilización.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- A.H.N, *Estado*, legajos 436, 1669, 2877 y 3455.
- ÁLAMOS DE BARRIENTOS, B., *Discurso al Rey nuestro señor del Estado que tenían sus reinos y señoríos...* B.M. mss. 10856, ed. M. Santos, *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*, Barcelona, Anthropos, 1990.
- ALMODÓVAR, Marqués de, *Correspondencia diplomática... 1761-1763*, en CODOIN, t. CVIII, Madrid, 1893.
- ARNOLFINI, J. *Despertador a los Príncipes de Europa del año 1663*, B.N. mss. 1442.
- BELY, L., *Les relations internationales en Europe, XVIIe-XVIIIe siècles*, París, PUF, 1992.
- CAMPO RASO, J. del, *Memorias políticas para servir de continuación a los comentarios del marqués de San Felipe*, Madrid, B.A.E. vol. XLIX, p. 412.
- Cartas al Rev. P.M. Feijoo, monje benedictino, refutándole el paralelo que hizo de Luis XIV con Pedro I, el zar de Moscovia*, en *Semanario erudito...* vol. XXI, p. 228 y ss.
- Cartas descifradas o diálogos entretenidos y políticos entre Pasquín y Morforio sobre los negocios de Europa*, París, C. Barbin, 1703.
- COXE, William, *Memoirs of the Kings of Spain of the House of the Bourbons...* Londres, 1813, 2 vols.
- DERJAVIN, C., “La primera embajada rusa en España” en B.R.A.H. 1930, XCVI, pp. 877-896.
- Destino del Emperador en el consejo de los dioses o diálogos políticos y entretenidos sobre los negocios de Europa*, París, C. Barbin, 1702.
- FEIJOO, F.B., *Cartas críticas y eruditas*, Madrid, B.A.E.. vol.LV.
- FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., “Los embajadores rusos en la corte de Carlos II” en *Studia Historica-Historia Moderna*, nº 22, 2000, pp. 75-107.
- FITZ-JAMES, J.F., II duque de Berwick y de Liria, *Diario del viaje a Moscovia...* en CODOIN, t. XCIII, Madrid, 1889.
- FITZ-JAMES, J.F., duque de Berwick y de Liria, *Relación de Moscovia*, prólogo de Paz y Meliá, Madrid, Col. Escritores castellanos, 1890, CVIII y 468 pp.
- FLOREZ, H., *Clave Historial con que se abre la puerta a la Historia Eclesiástica y Política*, 1ª Madrid, 1743... 7ª ed. Madrid, Sancha, 1771.
- FLORISTÁN, A., coord., *Historia Moderna Universal*, Barcelona, Ariel, 2002.
- GÁNDARA, M.A., *Apuntes sobre el bien y el mal de España...* en *Almacén de frutos literarios*, vol. I, pp. 137 y ss.
- Intereses de los príncipes de Italia o diálogos políticos y entretenidos... escritos por el Dr. D. Juan de Cayran*, Madrid, Juan García, 1703.
- JOVER ZAMORA, J.M. y LÓPEZ-CORDÓN, M.V., “La imagen de Europa y el pensamiento político internacional” en *El siglo del Quijote (1580-1680)*, t. XXVI, vol. I, Historia de España Menéndez Pidal, dir. J.M. Jover, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, pp. 355-522.
- LARIO, D. de, “La proyección exterior de Iván IV el Terrible, 1553-1584 (Aproximación a un estudio)” en *Estudis*, 2, 1974, pp. 155-194.
- LAWSON, R.H., “Lope’s El Gran Duque de Moscovia. A likely source for Lessing” en *Romance Notes*, Chapel Hill, N.C. IV, 1962, pp. 56-62.
- LOPE DE VEGA CARPIO, F., “El Gran Duque de Moscovia” en *Obras de ...B.A.E. T. 52*, Madrid, 1952, vol. IV.

- LOPE DE VEGA CARPIO, F., *El Fénix de España... séptima parte de sus comedias*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1617.
- LÓPEZ DE MENESES, A., "Las primeras embajadas rusas en España (1523, 1525, 1527)" en *Cuadernos de Historia de España*, 1940, t. V, pp. 111-128.
- MAURA Y GAMAZO, G., *Carlos II y su corte*, Madrid, 1911, vol. I, pp. 308-329.
- MENA, M.A., *Estado general del Imperio ruso o moscovita...* Madrid, 1736, 2 vols.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, M., *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, Madrid, 1921, vol. II, cap. VIII, pp. 308-317.
- Nueva Historia de Cambridge*, Barcelona, 1972, vol. III, cap. XII, pp. 290 y ss.
- PELLICER DE TOVAR, J., *El Embaxador chimérico o Examinador de los artificios políticos del Cardenal Duque de Richelieu*, Valencia, Joseph Esparza, 1736.
- POEHL, G.V., "La fuente de "El Gran Duque de Moscovia" de Lope de Vega" en *Revista de Filología española*, XIX, 1932, pp. 47-63.
- PRAAG, J.A. van, "Más noticias sobre la fuente del Gran Duque de Moscovia", *Bulletin Hispanique*, XXXIX, 1937, pp. 356-365.
- SAN FELIPE, marqués de, "Arte de Reinar" en *Semanario erudito*, III, pp. 270-275.
- SÁNCHEZ ALONSO, B., *Historia de la historiografía española*, Madrid, CSIC, 1944, vol. II, pp. 208 y ss.
- SCHOP SOLER, A.M., *Las relaciones entre España y Rusia en la época de Carlos IV*, Barcelona, Cátedra de Historia general de España, 1971.
- SIMÓN DÍAZ, J. y PRADES, J., *Ensayo de una bibliografía de la obra y artículos sobre la vida y escritos de Lope de Vega Carpio*, Madrid, Centro de Estudios sobre Lope de Vega, 1955.
- SIMÓN DÍAZ, J. y PRADES, J., *Nuevos estudios...* Madrid, C.S.I.C. 1961.
- TRINCADO, M., *Compendio histórico, geográfico y genealógico de los soberanos de Europa...* 5ª imp. Madrid, A. Mayoral, 1769.
- VERNET, J., "Las fuentes de El gran duque de Moscovia" en *Cuadernos de Literatura*, 1949, pp. 17-36.
- VILLEGAS Y PIÑATELI, M., *Historia de Moscovia y vida de sus czares...* Madrid, MDCCXXXVI, 2 vols.
- X(S)ERLEY, A., *Peso político de todo el mundo del conde...*, ed. Dto. Historia Social, CSIC, Madrid, 1961 y ed. X.A. Flores, París 1963.